

Sobre el ocaso de las ideologías

II

Necesidad de un pensamiento integral

Terminaba el artículo anterior indicando que, cuando un objeto-de-conocimiento encierra gran valor en la escala de los seres, su conocimiento no puede ser función exclusiva de una forma de entendimiento espectacular, incomprometido, sino que debe movilizar el concurso del sentimiento y la voluntad. "Suele afirmarse—escribía—que esta colaboración de facultades no intelectivas constituye una ingerencia espúrea que adultera el conocimiento". Pero es hora ya de perder el miedo a los juicios violentos y a los vocablos cargados con un poder irracional de seducción. "Un severo análisis de los conceptos nos devolverá la indispensable serenidad." Veamos todo esto más de cerca.

Si deseo conocer un objeto superficial, carente de intimidad propia, un objeto de mero saber técnico—la composición de un determinado líquido, las dimensiones de una mesa, etc.—me basta, como sujeto cognoscente, poner en juego el pensamiento. Con tal que éste posea la destreza técnica necesaria para resolver estos problemas de cálculo, el conocimiento surge automáticamente, sean cuales fueren las condiciones volitivas y sentimentales del sujeto cognoscente. Ante esos objetos de conocimiento, el sujeto se halla como a *distancia*, en plan de mero espectador, y de esa singular distancia del *homo faber* surge el saber técnico. Distanciarse aquí es conocer, y conocer es capacidad de dominar. El hombre antiguo vivía muy ligado al mundo y sus fenómenos, y estaba insalvablemente dominado por ellos. El hombre moderno tomó distancia, y este saber de proyección a distancia—o sea, de objetividad—se tradujo en sus manos atónitas en un poder creciente e incommensurable.

Pero si el objeto-de-conocimiento se hace más complejo y rico, esa forma de conocimiento puramente espectacular se hace cada vez más insuficiente.

Driesch demostró en Biología que los experimentos nos llevan a tener que admitir realidades *no experimentables* para explicar resultados *experimentales*. El sujeto cognoscente debe realizar un salto; está obligado a tomar opción por algo que debe admitir, pero que no es objeto de demostración exacta, como lo eran los objetos de conocimiento inferiores. Se impone, pues, una actitud de respeto ante esa realidad que muestra una vertiente de cierto misterio y hondura. Ese respeto es reverencia ante lo profundo, y la reverencia es actitud de la *voluntad*. Pero el acceso a este género de realidades que *trascienden* el ámbito de lo meramente sensible y mensurable va acompañado de la *singular emoción de superación* que lleva consigo todo salto a lo desconocido, lo que no está a mano: He aquí el *sentimiento de trascendencia*. El sentimiento y la voluntad hacen ya su aparición en el acto de conocer los seres vivos.

Lógicamente esto debe darse en mucho mayor grado cuando se trata de conocer un ser humano. El que toma la persona humana como un mero "objeto", no respetando por principio toda su inmensa complejidad y riqueza de vertientes, así como su carácter irreductible, se autocondena fundamentalmente a desconocerla en su más profundo ser. En este nivel, conocimiento y reverencia, conocimiento y amor, entendimiento y voluntad van estrechamente unidos. Pero ¿qué diremos del sentimiento? ¿No es obvio que el trato con otras personas abre al hombre un horizonte, a veces, casi infinito? He aquí de nuevo, pero en plano superior, el sentimiento espiritual de trascendencia.

En el nivel religioso esta correlación de entendimiento, voluntad y sentimiento alcanza su momento más intenso y logrado. Nada extraño, pues, que en toda época se haya destacado el papel que desempeña el sentimiento en el conocimiento de los objetos-de-conocimiento que desbordan el ámbito de lo rigurosamente mensurable, como sucede en Arte, Sociología y Religión. Ello no indica—como se pretendió defender en ciertas ocasiones, algunas especialmente

dramáticas, de la Historia—que el sentimiento sea aquí el que conoce. Conocer es y será siempre función privativa del entendimiento. Lo que revela es que el entendimiento, al tratar de acceder a realidades profundas, debe potenciar su energía con la colaboración de la voluntad y el sentimiento.

Pero a esta altura urge subrayar algo decisivo en este ensayo: la existencia de dos formas distintas, jerárquicamente diversas, de sentimiento. Hay un sentimiento meramente vital o pasional, mera conmoción vital, y un sentimiento espiritual de emoción ante lo que trasciende el ámbito precario de lo mensurable-sensorial. Esta forma elevada de sentimiento puede ofrecer diversos grados de intensidad, pero en todos ellos está lejos de oponerse al conocimiento en general, ni está escindido del mismo, sino que—en el caso del conocimiento de lo profundo—colabora íntimamente con él, y sólo se mantiene al margen cuando se trata de modos de conocimiento superficial.

Pero, como se da el caso de que el sentimiento pasional oscurece la razón y se opone a su recto y normal uso, hablando vulgarmente cabe oponer la razón y el sentimiento, y abrigar la ilusión de que una vez depurado el ejercicio de la razón de toda forma de ingerencia sentimental, se destierra la causa que provoca esas derivaciones pasionales del uso de la razón que llamamos Ideologías. Se ignora, para desgracia y desconcierto de todos, que el modo único de "sentimiento" que se opone a la razón es la tendencia a disminuir el alcance de la razón, el alcance que la razón logra justamente cuando colabora con la voluntad y el sentimiento. Atacar la colaboración de éstos es atacar frontalmente el libre despliegue de la razón profundamente entendida.

LA UNILATERALIDAD Y SUS TRAGICAS CONSECUENCIAS

Esta tergiversación mental, desarrollada en aparente inocuidad en el seno privado de la conciencia

de los filósofos, tiene derivaciones trágicas al traducirse a la vida práctica. En un ejemplo reciente, bien conocido de todos, la exaltación unilateral y violenta de lo vital a expensas de los derechos del espíritu—y, por tanto, de los derechos del hombre integral—provocó los atentados más brutales contra la vida que registra la historia de las conmociones humanas. Falto de equilibrio por la escisión violenta provocada entre lo vital y lo espiritual-racional, el hombre del cálculo se volvió contra la vida con todo el refinamiento y el ritmo implacable del saber técnico. Para dominar hay que dividir, ya que el todo es misterioso y, como tal, demasiado amplio y rico en estructuras para someterse a técnicas de conocimiento simplemente empíricas.

No es aquí lo decisivo que se confiera predominio a lo vital sobre el espíritu, sino que se entienda el espíritu como algo disociado de lo vital, mera máquina de pensar, porque esta máquina de pensar, abandonada a sí misma, puede proyectar los artefactos más mortíferos de la Historia e imaginar las medidas de represión más inhumanas. Para ensalzar lo vital se lo disocia del espíritu, que pierde su conatural amplitud y queda reducido a un mero saber y saber hacer científico-técnico. Pero he aquí que, muy pronto, este espíritu disociado de los grandes valores—que son quienes encauzan la voluntad humana de poder—acabará imponiendo la ley del más fuerte, avasallando los imperativos vitales e incluso personales más sagrados, aplicando con mecánica fidelidad y perfección los adelantos técnicos a la práctica de la aniquilación masiva. Nada extraño que, reducida la persona a mero individuo—pues lo que constituye al hombre en persona es el espíritu y no la mera vida—se sacrifique por razón de Estado seis millones de vidas. Seis o sesenta y seis, ¿qué más da? Cualitativamente hablando, no se ve qué diferencia puede mediar entre estas dos meras cifras. ¿Qué razón existe para que la mano que se alzó contra 6 se detenga ante 66?

La Ideología nace cuando se reduce el saber a los

ámbitos en que el saber produce poder. Esta reducción se hace ya por razones tendenciosas, y en esta tendenciosidad late una carga de sentimiento espúreo que G. Fernández de la Mora se cuida de delatar (Cf. *Crepúsculo de las Ideologías*, Edit. Rialp, Madrid). Es el sentimiento pasional que tiende a interpretar el saber como poder. Es la pasión violenta que describe Spengler: "Mi alma conoce la embriaguez del sentimiento que se experimenta cuando el cuchillo rasga el cuerpo enemigo, cuando el olor de la sangre y los gemidos llegan a los sentidos triunfantes."

Ahora bien: Fernández de la Mora rechaza las ideologías por lo que tienen de patéticas y propugna una actitud de pura teoría. Por mi parte, quisiera dejar en claro que las ideologías nacen de la exaltación de la pura teoría y decaen cuando el hombre sabe armonizar el pensamiento con el sentimiento, mejor: cuando no reduce la actividad cognoscitiva a aquellos objetos de conocimiento que no exigen la colaboración del sentimiento y la voluntad. Lo decisivo hoy día no es, pues, atacar las Ideologías por no ser racionales, sino por no serlo suficientemente, y ser *suficientemente racional* no indica ser *sólo racional*, sino estudiar aquellos objetos de conocimiento que exigen la movilización de todas las facultades humanas: entendimiento, voluntad y sentimiento.

No brotan las Ideologías por exceso de sentimiento, sino por falta de logos auténtico, o, si se quiere, por exceso de logos *superficial*, por practicar un modo de conocimiento deficiente, recluso, cerrado, en un ámbito al que hace angosto el egoísmo y la voluntad de poder, no el afán noble de sabiduría que es apertura humilde a la realidad en toda su hondura, realidad que exige para su conocimiento la colaboración de las tres facultades humanas: entendimiento, voluntad y sentimiento. No se olvide que lo más pasional que hay entre los hombres es una orientación tendenciosa, por aséptica que parezca. Los filósofos del siglo XVIII, aparentemente inocuos, al parecer inofensivos pensadores de salón para gente políticamente

amorfa, provocaron las mayores y más duraderas tormentas ideológicas y políticas de los últimos tiempos. Piénsese, por ejemplo, en Hegel. La razón—afirma—lo es todo. La razón evoluciona sin pausa, y todos los estadios de esta evolución, sean cuales fueren, se justifican por insertarse en el paso implacable de la Idea que evoluciona. El hombre, con sus valores intransferibles, queda sometido a esta rueda dentada, como un expósito desvalido ante las exigencias de ese Leviathan incompasivo que todo lo devora menos a sí mismo. En este horizonte de determinismo universal toda medida política encuentra una justificación, por violenta que sea su actitud. Pero aquí se impone la pregunta: A la hora de la catástrofe, ¿dónde radica la pasión: en el intermediario que lleva a las víctimas al sacrificio o en el ideólogo que conformó la realidad a una teoría arbitraria y coactiva, y, por tanto, unilateral? Cuando el hombre intenta dominar, cobrar poder mediante la violencia reduciendo la realidad a sus precarios esquemas mentales hace desaparecer el suelo bajo sus pies y se cava a sí mismo la fosa, porque el único seguro de vida que tiene el hombre es la actitud de reverencia frente al misterio del ser. Trocada esa actitud en desarraigo y voluntad indómita de poder a todo precio, el ser humano queda reducido a mera unidad, al consabido millón de hombres partido por un millón, la comunidad degenera en mera colectividad, para finalmente entrambos—colectividad e individuos—ser entregados al arbitrio de los usufructuarios del poder.

Lo temible es que, una vez adoptada una actitud coactiva, no resulta apenas posible detenerse a medio camino. Puesto el hombre a organizar coactivamente la vida, tiene que organizarla del todo. Es ésta una especie de ley fatal que gravita en el fondo de todos los procesos que precedieron a la instauración de los regímenes totalitarios que llenaron de luto la Historia. Es curioso y sintomático que un racionalista como Renán, fiel adorador de la sola y orgullosa razón, la Diosa de 1789, haya previsto el camino que iba a llevar la Ciencia en su camino hacia el poder total

sobre el hombre. Hay en sus obras frases que parecen escritas medio siglo después por los teóricos del Nacionalsocialismo.

IDEOLOGIA Y RACIONALIZACION

A la vista del proceso de civilización moderna no veo cómo es posible afirmar que "la racionalización y el desarrollo son inversamente proporcionales a la carga ideológica de una sociedad" (Gonzalo F. de la Mora: "Las ideologías", *Cuadernos para el diálogo*, núm. 25, pág. 22). La Historia más bien parece indicarnos todo lo contrario, ya que tal proceso de racionalización es fruto de una actitud consciente y bien meditada de unilateralidad metódica. ¿Cómo se explicaría, de lo contrario, el hecho de que nunca hayan proliferado tan diversas y potentes ideologías como en la época de la llamada Revolución industrial?

No juzgo tampoco en consecuencia exacto afirmar que la carga ideológica de los españoles sea mayor que "la de otras naciones europeas" (*Ibíd.*), pues los españoles—actitudes políticas aparte—nos hemos desentendido en 1939 de algo que nadie deja de interpretar como una ideología, y nos resistimos, en cambio, acto seguido a dejarnos arrastrar por un torbellino bélico que no era en el fondo sino un conflicto ideológico. Por otra parte, ninguna de las grandes corrientes ideológicas—vitalismo, liberalismo, marxismo, capitalismo, nacionalsocialismo, tecnicismo, sociologismo, relativismo historicista, etc.—es propiamente de origen hispano, ni es planta fácilmente aclimatable a nuestro suelo.

Conviene aquí distinguir entre la defensa a vida o muerte de un ideal y la postura típicamente ideológica. Aquélla se realiza como un acto de entrega a algo que se considera un misterio y se recibe como un don. La postura ideológica, en cambio, se afirma con tenacidad e incluso con violencia por ser en principio fruto de una coacción intelectual, aunque des-

pués, al correr del tiempo, se convierta o pueda convertirse para algunos particulares en una especie de "mística", por la que también cabe hacer oblación de la propia existencia. Vistas en su origen, la fidelidad a un credo religioso y la tenacidad ideológica se distinguen polarmente. (A este respecto quisiera anotar de paso que se ha querido desvirtuar el carácter de realidad del Cristianismo acusándolo de Ideología, sin duda debido a la firmeza con que los cristianos suelen defender sus posiciones de fe. Pero se olvida que el Cristianismo no es sino una relación personal de encuentro con Dios, no un sistema de ideas. Los dogmas constituyen un entramado de creencias recibidas en fe, es decir, en actitud de acatamiento y amor a través de la Revelación; lo cual es *toto coelo* distinto de un sistema de ideas violentamente impuestas por el hombre a la realidad y a los demás hombres.

IDEOLOGIA Y VIOLENCIA INTELECTUAL

De todo lo dicho se deduce que lo decisivo en la hora actual es evitar a toda costa la parcialidad—el gran mal de la vida moderna—y, con la parcialidad, la coacción intelectual y política. Política y Ciencia deben integrarse en el ámbito humano, del que cobran sentido pleno. Si intentan independizarse, un éxito fulgurante acoge este acto prometeico, pero a la postre continentes enteros se cubrirán de ruinas, porque el caos sigue fatalmente a toda perversión del orden.

El intento que da origen a todo movimiento ideológico es el de *apoderarse de la verdad*, acto inicial de violencia que se traduce en arbitrariedad política. De ahí que la verdadera forma de oposición a las Ideologías no deba consistir en el cultivo indiscriminado de la razón y la represión del sentimiento, sino en la apertura reverente al mundo de los grandes valores, valores que no puede el hombre *poner enfrente*, a *distancia espectacular* por el hecho fundamental

de sentirse envuelto por ello. Estas realidades envolventes saturan al hombre que se abre a las mismas, y al saturarlo no lo anegan, lo plenifican; no diluyen su personalidad, la llevan a madurez. El hombre no se aliena cuando se distiende en campo de seres valiosos; es entonces cuando de verdad se recoge y aúna, ya que recogimiento no es reclusión en la llamada vida interior, sino franquía a los valores, abierta y serena aceptación del diálogo con todo lo que encierra intimidad y valor.

Por eso no se opone a las Ideologías la interiorización de las creencias, en sentido de oposición a toda manifestación externa de éstas, porque lo opuesto a colectivo-superficial no es lo interior-individual, sino lo personal-comunitario.

Contra la privanza de los ideólogos se pide y pronostica la era de los expertos. Todo pende de que se comprenda que tales expertos deben serlo no sólo de lo superficial, lo cognoscible con una forma de conocimiento espectacular, sino también de lo profundo valioso, que exige la movilización de todas las facultades humanas.

Contra los "sentidores", los meros aficionados al verdadero saber, se entona un himno a los técnicos. Naturalmente, a la altura en que se halla actualmente la marcha de la Humanidad no se puede suplir con mero entusiasmo y frases o actitudes patéticas la "falta de oficio" en cada una de las diversas actividades profesionales. Pero, por lo que toca a nuestro tema, debo subrayar con energía que no es la mera técnica la que anula los movimientos ideológicos, sino el espíritu de reverencia ante el misterio de las cosas, misterio sobre el cual se levanta el edificio del saber técnico. Tampoco, por su parte, la actitud de sabiduría se opone forzosamente al prestigio de la técnica. Entre ambas manifestaciones del espíritu, sabiduría y técnica, debe mediar una relación de complementariedad. Lo grave es cuando lo profundo, lo hondamente humano se convierte en algo manipulable.

Las Ideologías son intentos de convertir en manipu-

lable el saber de lo real, del mundo, del hombre, de la comunidad humana. Por eso, las Ideologías son, a la postre, fuentes natas de terror entre los hombres, porque, al convertir en fácilmente manipulables las fuerzas desencadenadas por el saber, causa escalofrío ver tanta carga de civilización en manos tan faltas de auténtica cultura. A los excesos ideológicos provocados por la unilateralidad hay que oponer una sólida Ética del Poder que se base en un concepto amplio de razón y de saber: el saber reverente y abierto que todos los pueblos lúcidos llamaron sabiduría.

Para terminar, quisiera plantearme la pregunta de si pueden darse en Arquitectura movimientos ideológicos contra los que debemos ponernos convenientemente alerta. Teniendo en cuenta la tesis sostenida anteriormente de que las ideologías tienen su asiento en toda forma de pensamiento coactivamente fragmentario y unilateral, puede decirse que está arastrado por una tendencia ideológica todo arquitecto que proyecta y construye a impulsos tan sólo de motivos técnicos, artísticos, económicos, etc., sin tener debidamente en cuenta el conjunto del hombre. Todo cuanto hoy se escribe acerca de la necesidad de construir a escala auténticamente humana, de ofrecer al hombre de hoy lugares verdaderamente habitables donde además de pasar se pueda estar, de la exigencia de crear un ambiente humano en la habitación donde el hombre teje su vida, etc., todo ello responde a la urgencia, vista o entrevista, de oponerse a las formas de pensamiento y de actividad violentamente unilaterales que se han ido imponiendo a lo largo de siglos de rutina intelectual. Si hubiera que expresar esto drásticamente, yo diría que un barrio de una gran ciudad proyectado para ser habitación de personas bastante bien establecidas en la vida que no cuenta de por sí con ninguna escuela y con ninguna iglesia es un barrio construido a impulsos de un pensamiento y una actitud ideológicos que implican un inadmisibile desacato contra la dignidad del hombre.